
Fernando Gil

Gaza. Sin tregua ni cobijo

Con dramática rutina, la prensa ofrece cada día una cifra variable, a veces muy alta, de muertos palestinos, provocada por los bombardeos del ejército hebreo - el *Tsahal*- sobre una población previamente desplazada hacia improvisados campamentos, playas, colegios u hospitales como temporales destinos. Por decisión del gobierno de Israel, Gaza se ha convertido en un gigantesco campo de itinerantes refugiados, de cautivos, de presos políticos sin causa -la causa es haber nacido en Palestina- o en algo cercano al infierno. No es una catástrofe como pueda serlo un terremoto, una inundación, la súbita erupción de un volcán o una epidemia.

Desde el punto de vista de los resultados es una catástrofe humanitaria producto de una persistente ola de salvajismo y crueldad, pero no un hecho inesperado, difícil de prever, sino resultado de un proceso, largo en el tiempo, asentado en el clima de agitación social inducido con la propaganda antiárabe y victimista, de la movilización de una maquinaria militar organizada y adiestrada con antelación para actuar con eficacia y de una lógica belicista mantenida a lo largo del tiempo, necesaria para llevar adelante el proyecto de extender el territorio palestino bajo influencia israelí, bien por el control militar o por la presión de los más de 700.000 colonos, muchos de ellos armados y violentos, hasta establecer, por la fuerza de los hechos consumados, el Gran Israel, que se debe extender desde el mar hasta el río Jordán, sin reparar en los medios, ni contemplar la posibilidad de fundar un estado en Palestina.

Tras cien años de conflictos constantes y de varias guerras, nada de lo que ocurre en Gaza se puede considerar accidental o producto de una equivocación momentánea, sino efecto de un plan estratégico a largo plazo -tan largo, que para algunos es milenarismo-, en el que se han preparado las fuerzas para llevarlo a cabo y, al mismo tiempo, librar una gran batalla ideológica, interna y en foros internacionales, para justificar la sumisión, la expulsión o el posible exterminio de los habitantes de Palestina con el fin de erigir un estado judío en su territorio.

A corto plazo, sin posibilidad de abandonar la Franja, mientras perdure la implacable ofensiva militar de Israel para los palestinos no habrá esperanza ni cobijo, ni lugar que sirva de refugio seguro y duradero. La alternativa será morir aquí o allá, pero morir; morir tras haber sufrido hambre, sed, abandono, heridas de guerra, enfermedades o epidemias sin asistencia sanitaria, o morir después de haber visto familiares reventados, desmembrados o quemados, desaparecer amigos bajo los escombros y a niños agonizar lentamente por inanición. En Gaza solo queda morir; antes o después, pero, a la postre, morir. Tal es el *diktat* de Netanyahu, un nuevo dictador en Oriente Medio, donde sobran tantos.

Cuando se han cumplido diez meses del comienzo de la intervención militar en Gaza, probablemente se ha superado la cifra de 90.000 personas heridas y 40.000 muertas entre la población palestina, de ellas unas 17.000 menores de edad, lo que arroja el pavoroso promedio de 4000 personas adultas y 1700 niños y niñas muertas y 9000 más heridas cada mes por las tropas israelíes. Cifras que organismos sanitarios internacionales estiman bajas e incluso llegan a duplicar.

Sin tregua a la vista, ese es el provisional resultado de la desmedida respuesta del gobierno de Netanyahu a la incursión terrorista de Hamás en octubre de 2023, que produjo la muerte de 1.200 israelíes y el secuestro de doscientos cincuenta más. Hasta ahora, fuentes israelíes aseguran haber abatido a 14.000 milicianos de Hamás. Cualquier persona ajena a los planes del Estado de Israel y, por supuesto, a los de Hamás, que compare la cifra de víctimas de ambos bandos podrá advertir la desproporcionada respuesta israelí, que pone en duda el objetivo de rescatar a los ciudadanos secuestrados, pues todavía quedan 130 rehenes en poder de Hamás, y la mayoría de liberados se debe a la negociación. Lo cual aumenta las protestas de sus amigos y familiares contra el Gobierno y confirma que los medios empleados para localizar su paradero y rescatarlos no son adecuados y que la ofensiva militar contra población palestina desarmada no tiene como prioridad ese objetivo.

En el momento de redactar estas líneas, primeros días de agosto, hay varios hechos que complican la situación. Con la simpatía de gobernantes duros de todo el mundo, la debilidad de la Unión Europea, salvo unos pocos gobiernos, entre ellos el de España, críticos con Israel y el apoyo del acomplejado gobierno alemán, Netanyahu ha realizado un viaje a Estados Unidos para afianzar el apoyo que los gobiernos norteamericanos prestan a Israel, hagan lo que hagan sus gobernantes. Se ha entrevistado con Biden y con Harris, que le han pedido respeto para la población civil y le han urgido a negociar una tregua para liberar a los rehenes, con la intención de dejarla como legado del mandato demócrata, pero, pese a las protestas de los defensores de la paz en Palestina, en plena campaña electoral el tradicional apoyo no solo sigue, sino que se refuerza con una aportación de 26.000 millones de dólares, el envío de aviones de combate y el desplazamiento de la flota estadounidense a la zona.

Netanyahu también se ha visto con Trump,

su candidato favorito, con quien se entiene bien, pues, además de compartir un talante brutal, ambos utilizan la política para eludir los procesos judiciales que tienen pendientes.

El asesinato de varios altos dirigentes de Hamás y Hezbollah en pocos días, en Gaza, Líbano e Irán, como represalia, en parte, a sus ataques, no facilita una tregua, sino que aumenta la tensión en la región y ratifica la capacidad del Estado israelí para eliminar a sus enemigos en cualquier parte del mundo.

Desde hace décadas, la larga mano de los servicios secretos israelíes ha servido para secuestrar o ejecutar de manera discreta a enemigos del Estado, fueren antiguos nazis o dirigentes árabes, pero, ahora, en medio de una operación de limpieza étnica en Gaza, la precisión es más chapucera, pues la pretendida "ejecución limpia" de un dirigente político palestino suele ir acompañada por la muerte de un elevado número de personas desarmadas en su cercanía, a veces más de un centenar, con niños incluidos, lo cual se aproxima a lo que en términos políticos y policíacos se califica de atentados indiscriminados; es decir, de puro terrorismo.

Los asesinatos selectivos muestran, además, que el Gobierno de Netanyahu utiliza este procedimiento de modo complementario, pues la principal "actividad defensiva" está confiada a la ofensiva militar contra población no combatiente. Es posible que con ambos procedimientos el Gobierno israelí logre acabar con Hamás o mermar seriamente su capacidad para seguir actuando, pero eso no permitirá a Israel disfrutar de una paz duradera. Y entre otros precedentes basta recordar la invasión militar del sur del Líbano en el verano de 1982, permitida por tropas de la ONU acantonadas en la frontera para impedir el paso de los guerrilleros palestinos hacia Israel, pero incapaces de hacer lo propio cuando las tropas israelíes penetraban en Líbano.

La operación, llamada "Paz para Galilea", que tenía como objetivo acabar con la OLP,

duró varios meses, en ella se utilizaron "con éxito" las modernas bombas de implosión y contó con el apoyo de la falange libanesa, fundada por un admirador de Hitler, que asesinó a más de dos mil personas en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila. La incursión provocó la muerte a más de 15.000 personas y prolongó varios años la ocupación militar israelí del sur del Líbano, por encima de la ocupación permanente de la llamada "franja de seguridad".

La OLP quedó seriamente quebrantada, pero allí nació Hezbollah, un grupo integrista musulmán de adhesión chiita, apoyado por Irán, y poco después, en 1987, Hamás, de tendencia sunnita, adversario del primero. El grupo Al Fatah, el Frente Popular para la Liberación de Palestina o la OLP son muestras de la decisión de los palestinos de no dejarse despojar pacíficamente de su tierra. Y es probable que, si Hamás desaparece, surja una organización similar que recoja el testigo de la resistencia palestina a un expolio iniciado hace un siglo, y que, oficial y públicamente, se perpetra por el Estado de Israel, con apoyo de Estados Unidos y la impotencia de la ONU, desde hace 75 años.

Como otros gobernantes israelíes, Netanyahu se opone a la fundación de un Estado palestino independiente, que ya contemplaba la declaración Balfour en 1917, y pospone la negociación de una tregua, esperando que Donald Trump venza en las elecciones norteamericanas de noviembre; apuesta por extender el conflicto, pues mientras dure, estará a salvo de la justicia. Vincula su destino al objetivo de destruir a Hamás y a liberar a los rehenes, pero sobre todo a impedir un Estado palestino.

Con lentitud, cada vez más países muestran con críticas de diverso grado su repudio a la actitud del gobierno de Israel. Ya es momento de parar; de impedir que continúe el expolio de los palestinos, de que el mundo se acostumbre a asistir con impotencia a la cotidiana matanza de civiles y a contemplar cómo un estado fuerte pisotea

todos los derechos humanos e internacionales para llevar fanáticamente adelante un proyecto mesiánico, que realmente es una siniestra distopía.